

—Blen veis Julia, por esta carta, que yo debía partir aunque no fuera mas que por respirar el aire de la libertad, pero pensaba quedarme por vos Julia, por vos, á quien amo con el delirio del primer amor, con el deleite y el fuego de la primera pasión que se despierta en el alma. Pero.....aun hay tiempo, hasta el 20 quedan cinco dias que bastan para realizar nuestro objeto. Partamos, Julia, partamos.

En ese momento un ruido sordo vino á herir nuestros oídos, el ruido de una rama que se doblega y cede romperse al fin bajo un fuerte y terrible peso.

Yo temblé. ¿Ois? exclamé con acento trémulo; Carlos puso un dedo sobre sus labios y escuchó. Entonces oimos la fatigosa respiración de una persona que al caer se hubiera asido desesperadamente al alero del pabellon y fué descendiendo lentamente temerosa de ser descubierta.

—Nos escuchan, exclamó Carlos, yo haré pagar caro al espía, y se dirigió silenciosamente hacia su bufete, tomó un revólver que habia encima y abriendo la ventana se disponia á disparar, yo detuve su brazo y exclamé:

—En dombre del cielo, Carlos, si fuera mi padre.

Todo volvió á quedarse en silencio entonces, solo se oía el silbido del viento entre los árboles y el grito lejano de la urraca, grito que imita perfectamente al chillido de la voz humana y que me aterraba en ese momento como un penoso presentimiento.

—Han escuchado nuestra conversacion, Julia, y estamos perdidos, exclamó Carlos.

—Huid amigo mio, repliqué yo, huid, aun hay tiempo. Estoy segura de que es el caballero Fabian el que ha sorprendido nuestra entrevista y con ese monstruo no existe ni la piedad ni la compasion. Huid.

—Y he de abandonaros? Nunca.

—Por piedad Carlos, exclamé con acento doloroso, adivinando en ese momento de agonía todo lo infinito de mi amor por lo infinito de mi desesperacion.

(Concluirá.)

¡PUES BONITA SOY YO, LA CASTELLANOS!

(ORIGEN DE UN REFRAN LIMEÑO.)

Mariquita Castellanos era todo la que se llama una real moza, bocado de Arzobispo y golosina de oidor.

¿No la conociste, lector?

Yo tampoco; pero á un viejo que alcanzó los buenos tiempos del Virey Amat, se me pasaban las horas muertas oyéndolo referir historias de la Marujita, y él me contó la del refran que sirve de título á este artículo.

Mica Villegas era una bolera del Teatro de Lima, quebradero de cabeza del Excmo. señor Virey de estos reinos del Perú por Su Majestad Carlos III, y á quien su esclarecido amante, que no podia sentar plaza de académico por su correccion en esto de pronunciar la lengua de Castilla, apostrofaba en los ratos de enojo, frecuentes entre los que bien se quieren, llamándola *Perricholi*; *La Perricholi*, de quien pluma mejor cortada que la de este humilde servidor de ustedes ha escrito la biografía, era hembra de escasisima belleza. Parece que el señor Virey no fué hombre de paladar muy delicado.

Maria Castellanos, como he tenido el honor de decirlo, era la mas linda morenita limeña que ha calzado zapatitos de cuatro puntos y medio. Pero así como la Villegas traía al retortero nada menos que al Virey, la Castellanos tenia prendido á sus enaguas al empingorrotado Conde de ***, viejo millonario y que apesar de sus lacras y diciembres conservaba afición por la fruta del Paraiso. Si el Virey hacia locuras por la una, el Conde no le iba en zaga por la otra.

La Villegas quiso humillar á las damas de la aristocracia, ostentando sus equivocos hechizos en un carruaje y en el paseo público. La nobleza toda se escandalizó y arremolinó contra el Virey. Pero la bailarina habia satisfecho ya su vanidad capricho y al siguiente dia obsequió su carruaje

á la parroquia de San Lázaro, para que en él saliese el párroco conduciendo el Viático. Y téngase en cuenta que por entonces un carruaje costaba un ojo de la cara, y el de la *Perricholi* era el mas espléndido entre los que lucieron en la Alameda.

La Castellanos no podia conformarse con que su rival metiese tanto ruido en el mundo limeño, con motivo del paseo en carruaje.

—No! Pues como á mi se me enchaje entre ceja y ceja he de confundir el orgullo de esa *pindonga*. Pues mi querido no aprendió á robar como Amat de su mayordomo, y lo que gasta es suyo y muy suyo, sin que tenga que dar cuenta al rey de donde salen esas misas. Venirme á mi con orgullitos y fantasías, como si no fuera mejor que ella, la muy *cómica*. ¡Pues bonita soy yo, la Castellanos!

Y vá de digresion. Decíase en Lima que durante los primeros años de su gobierno, el Excmo. señor Virrey D. Manuel Amat y Juniet, caballero del hábito de Santiago y condecorado con un cemenitero de cruces, habia sido un dechado de moralidad y honradez administrativa. Pero llegó un dia en que cedió á la tentacion de hacerse rico, merced á una casualidad que lo hizo descubrir que la provision de los corregimientos era una mina mas poderosa y boyante que las de Pasco y Potosí. Vease como realizó tan portentoso descubrimiento.

Acostumbraba Amat levantarse con el alba, (que como dice un escritor amigo mio, el madrugar es cualidad de buenos gobernantes) y envuelto en una zamarra de paño burdo, descendia al jardin de Palacio y se entretenia hasta las ocho de la mañana en cultivarlo. Un pretendiente al corregimiento de Saña ó Jauja, los mas importantes del vireynato, abordó al Virey en el jardin, confundiendo con su mayordomo, y le ofreció algunos centenares de peluconas porque emplease su influjo todo para con Su Excelencia, á fin de conseguir que él se calzase la codiciada prevenda.

—Esas tenemos, señor mayordomo? dijo para sus adentros el Virey, y desde ese dia se dió tan buenas trazas para hacer su agosto sin necesidad de acólito, que en breve logró contar con fuertes sumas para complacer en sus dispendiosos caprichos á la *Perricholi*, que dicho sea de paso, era lo que se entiende por mani-rotta y botarate.

Volvamos á la Castellanos. Era moda que toda mujer que algo valia tuviese predileccion por un faldero. El de Marujita era un animalito muy mono, un verdadero dije. Llegó á la sazón la fiesta del Rosario, y asistió á ella la querida del Conde llevando tras si una criada que conducia en brazos á Cupido. Ello dirás, lector, que nada tenia de maravilloso; pero es el caso que el faldero traía un collarin de oro macizo, con brillantes como garbanzos.

Mucho dió que hablar durante la procesion la extravagancia de exhibir un perro que llevaba sobre si un tesoro; pero el asombro subió de punto cuando terminada la procesion se supo que Cupido con todos sus valiosos adornos habia sido obsequiado por su ama á uno de los hospitales de la ciudad, que por falta de rentas estaba poco menos que al cerrarse.

La Mariquita ganó desde ese instante en las simpatias del pueblo y de la aristocracia todo lo que habia perdido su orgullosa rival Mica Villegas; y es fama que siempre que la hablaban de este suceso decia con énfasis, aludiendo á que ninguna otra mujer de su estofa la excederia en arrogancia y lujo;—¡Pues no faltaba mas! Bonita soy yo, la Castellanos!

Y tanto dió en repetir el estribillo, que se convirtió en refran popular, y como tal ha llegado hasta la generacion presente.

RICARDO PALMA.

Lima, 1872.

DOS PALABRAS PARA LAS MUJERES.

I.

Muchos hombres han escrito en contra de las mujeres; justo es que una mujer las vindique á todas, escribiendo para ellas.

El afán del hombre por hablar de la mujer le ha hecho decir mas de una inconveniencia.

Ved una prueba:

• Cada mujer tiene el diablo en el cuerpo, y demasiado saben los maridos lo que cuesta echarlo fuera. •

Esto ha dicho un gran autor. El título de gran autor que le concedo, no le hace infalible, y á mi juicio, esta es una de las ocasiones en que se equivoca. Nada tiene de extraño. El error es patrimonio de la humanidad.

El diablo es masculino; por consiguiente debo creer que es hombre, y cuando los hombres tanto huyen de la mujer propia, es una prueba evidente de que no ven en ella á su semejante.

El hombre es el diablo. Prueba: cuando la mujer carga sobre sus hombros la cruz del matrimonio, el marido se va alejando de ella, como el demonio de un conjuro: verdad es que encubre su temor á la cruz con la careta de la indiferencia; indiferencia, que no suele sentir y que viene á ser la hipocresia de su mal entendida dignidad.

Hay excepciones, en que el marido no es un diablo; pero como casi nunca es un ángel, de ahí el que no baste á purificar á la mujer, si como dice el autor citado, la mujer tiene el diablo en el cuerpo.

II.

Llaman al siglo, de oro; siglo de ilustracion; podrá ser que así sea, pero en materia de afectos bien pudiéramos llamarle siglo de indiferencia.

No es que esta domine en el género humano, sino que, por lo visto, está de moda, está en desuso tener corazón; por esto todos afectan un indiferentismo que está en pugna con sus sentimientos.

Tambien las afecciones del alma tienen su hipocresia. El hombre ante el hombre no pierde ocasion de poner en ridiculo á la mujer.

Infeliz! Cuando la vé, se prosterna de hinojos ante el ridiculo.

Entónces el ridiculo es él, que pierde los sesos por una mirada indiferente, ó por una sonrisa, que nada significa.

Como la culebra de cascabel, lleva para las mujeres el veneno en la boca.

Cuando ha dicho una blasfemia, sus amigos le hacen coro, adulándole con los epítetos de hombre de mundo; de MUY LARGO, como dicen ellos.

Indudablemente esa largueza no se referirá ni á su bondad ni á su talento.

Para el calavera del dia está prohibido hablar bien de ellas.

Debiéraseles eliminar la memoria de sus sentidos: parece que no se acuerdan de que han tenido madre; de que el ángel, que tienen tal vez en sus brazos en aquel instante, llegará á tener quince años.

Todas son unas! ¡Eva las legó el instinto del pecado, la semilla del mal!

Tienen razon; pero si una madre Eva destruyó la pureza de la mujer, hubo una Virgen Maria para rehabilitarla.

La mujer es mala, dicen ellos, y preguntamos nosotras. Quién la hace mala? El hombre que cubre de flores el camino de su perdicion.

El hombre nos echa en cara nuestra debilidad, para triunfar de la cual, cuando no le ha bastado el halago y la seducción, ha tenido que abdicar muchas veces su dignidad y su decoro.

¡Cuántas veces hinca en tierra su rodilla, y riega el suelo con mentidas lágrimas, por triunfar de la virtud de la mujer! ¡Cuántas veces no se desdena de suplicar y prescindir de su altanería!

La mujer que por punto general desconoce los peligros de la seducción, es conducida á ella por un camino de flores, en medio de una atmósfera embalsamada, sin que el hombre la permita prever mas que goces para el presente, risueñas esperanzas para el porvenir: cada abrojo lo oculta el halago de una lisonja; cada temor lo desvanece una protesta de eterno cariño, un juramento de amor.

Ahora bien; si la mujer cae en un precipicio, ¿de quién es la culpa?

Horroroso seria castigar al ciego, que cae, por culpa de un lazarillo.